

El episodio radical-socialista de Francia es, a este respecto, particularmente instructivo. Herriot ha sido batido, en parte, a causa de su esfuerzo por permanecer fiel a la tradición laicista del radicalismo. Y no obstante que ese esfuerzo fué asaz medurado y elástico en sus fines y en sus medios.

IV

El balance de la «escuela laica» no justifica, de otro lado, un entusiasmo excesivo por esta vieja pieza del repertorio burgués. Jorge Sorel, varios años antes de la guerra, había denunciado ya su mediocridad. La moral laica, como Sorel con profundo espíritu filosófico observaba, carece de los elementos espirituales indispensables para crear caracteres heroicos y superiores. Es impotente, es inválida para producir valores eternos, valores sublimes. No satisface la necesidad de absoluto que existe en el fondo de toda inquietud humana. No da una respuesta a ninguna de las grandes interrogaciones del espíritu. Tiene por objeto la formación de una humanidad laboriosa, mediocre y ovejuna. La educa en el culto de mitos endeble que naufragan en la gran marea contemporánea: la Democracia, el Progreso, la Evolución, etc.

Adriano Tilgher, agudo crítico italiano, nutrido en este tema de filosofía soreliana, hace en uno de sus más sustanciosos ensayos una penetrante revisión de las responsabilidades de la escuela burguesa. «Ahora que la crisis formidable, desencadenada por el conflicto mundial, va poco a poco revolucionando desde sus fundamentos el Estado moderno, ha llegado para la escuela del Estado el instante de producir ante la opinión pública los títulos que legitimen su derecho a la existencia. Y se debe reconocer que si ha sido posible el espectáculo de una guerra, en la cual han estado empeñados todos los más grandes pueblos del mundo y que sin embargo no ha revelado ninguna de aquellas individualidades heroicas, maestras de energías, que las guerras del pasado, insignificantes en parangón, revelaron en número grandísimo, esto se debe casi exclusivamente a la escuela del Estado y a su espíritu de cuartel, gris, nivelador, asfixiante». Y, examinando la esencia misma de la escuela burguesa, agrega: «La escuela del Estado es una de las tres instituciones, destruidas las cuales el Estado moderno, caracterizado por el monopolio económico, el centralismo administrativo y el absolutismo burocrático, queda subvertido desde sus cimientos. El cuartel y la

burocracia son las otras dos. Gracias a ellas, el Estado ha conseguido anular en el individuo la libertad del querer, la espontaneidad de la iniciativa, la originalidad del movimiento y a reducir la humanidad a una docilísima grey que no sabe pensar ni actuar sino conforme al signo y según la voluntad de sus pastores. Es, sobre todo, en la escuela donde el Estado moderno posee el más fuerte e irresistible rodillo compresor, con el cual aplana y nivela toda individualidad que se sienta autónoma e independiente.

V

Si se tiene en cuenta que, en materia de relaciones entre el Estado y la Iglesia, los pueblos ibero-americanos, que heredaron de España la confesión católica, heredaron también los gérmenes de los problemas de los Estados latinos de Europa, se comprende perfectamente cómo y por qué la «educación laica» ha sido, como recuerdo al principio de este artículo, una de las reformas vehementes propugnadas por todos los radicaloides y liberaloides de nuestra América. En los países donde ha llegado a funcionar una democracia de tipo occidental, la reforma ha sido forzosamente actuada. En los países donde ha subsistido un régimen de caudillaje apoyado en intereses fe-

dales, no ha habido la misma necesidad de adoptarla. Este régimen ha preferido entenderse con la Iglesia, buena maestra del principio de autoridad, cuya influencia conservadora ha sido diestramente usada contra la influencia subversiva del liberalismo. Los embrionarios Estados liberales nacidos de la revolución de la independencia, tardíos en consolidarse y desarrollarse, débiles para imponer a las masas sus propios mitos, han tenido que combinarlos y aliarlos con un rito religioso.

El tema de la «educación laica» debe ser discutido en Nuestra América a la luz de todos estos antecedentes. La nueva generación ibero-americana no puede contentarse con una chata y gastada fórmula del ideario liberal. La «escuela laica», escuela burguesa, no es el ideal de la juventud poseída de un potente afán de renovación. El laicismo como fin, es una pobre cosa. En Rusia, en México, en los pueblos que se transforman material y espiritualmente, la virtud renovadora y creadora de la escuela no reside en su carácter laico, sino en su espíritu revolucionario. La revolución da ahí a la escuela su mito, su emoción, su misticismo, su religiosidad.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Lima, Perú.

Comentarios fugaces

MIRAMOS con simpatía los movimientos de la juventud. Cuando menos significan ensayo de fuerzas. Pero a propósito del interés de los jóvenes por encontrar en las actividades de la política un campo de acción, quisiéramos contribuir a romper ciertas ilusiones. La tarea, por lo demás, no es muy grata.

La juventud, por ser juventud, o solamente por serlo, mejor dicho, no representa derechos privilegiados. Y hay otra ilusión no menos engañosa: la de suponer, en lo que hay candidez, que podría tener especial importancia para el país la activa participación de la juventud en la política dentro de las normas ordinarias de ésta. Política nueva y juventud capaz de crearla es probablemente lo que hacen falta. Si la juventud no representa, como colectividad, un estado de organización de tendencias, no es de esperar que lo aporte a la política. Y si lo encarna y tal estado carece de fuerza para transformarse dentro de la política en un impulso de renovación, nada se habrá ganado tampoco con la concurrencia de la juventud. Juventud sin organización poco significa;

organización sin ideología es esfuerzo vano que aun puede ser funesto; e ideología conservadora o sin lastre de verdadera profundidad, significa decididamente intervención funesta.

No ignoramos que se tiene fe en que el campo político daría el ambiente propicio y así la oportunidad a la organización de que se carece; pero entendemos que esa también es ilusión. No surgirán ideas, no surgirán ideales de una obra de ocasional gestación en campo de conveniencias, para decir lo menos. Esto matará a aquello. Sin pesimismo puede decirse que no son muchas las probabilidades favorables a la creencia de que una renovación de valores se produce de hoy a mañana por virtud de la influencia, por intensa que sea, de un veleidoso entusiasmo juvenil. La verdad, desabrida pero firme, es que a estas horas los más de los jóvenes no sabríamos decir con certidumbre cuáles son las evidentes necesidades de transformación que el estado político del país manifiesta; ni cuáles sus causas; ni cuáles los agentes de cambio social que